



Club Ardilla

páginas infantiles



EL EXTRAÑO AMIGO

Josefina Machín González

PRIMER PREMIO DEL CONCURSO DE NARRACIONES INFANTILES

Era un día de lluvia. José Luis se encontraba en casa con su hermana Lydia; ella tenía 8 años, era una niña rubia, con unos grandes ojos azules y de un carácter más calmado que el de su hermano. José Luis tiene el pelo castaño claro, los ojos verdes y es un niño travieso y vivaracho. Aquel día jugaba a la pelota con Lydia. Caía en la calle una lluvia débil, pero constante. José Luis se lamentaba de no poder jugar en el parque a causa de la lluvia. Una de las veces José Luis tiró la pelota tan deprisa que Lydia no pudo detenerla, y la pelota dio contra el cristal de la ventana. Ambos fueron a cogerla, y, al mirar a través del cristal vieron cómo una tupida cortina de niebla cubría la atmósfera de afuera.

De entre la niebla surgió un bulto que fue agrandándose hasta convertirse en un niño. Aquel niño era extraño. Lo que más les llamó la atención de él era que a pesar de la lluvia, el frío y la niebla iba vestido con unas ropas ligeras de un color verde y azul claro y brillante.

José Luis dijo a su hermana:

- ¡Mira! ¿Ves aquel niño?

- ¡Sí! Qué raro; no parece tener frío.

- Parece que nos mira.

- ¡Es verdad! Llámalo.

José Luis gritó:

- ¡Eh! ¡Oye! Ven, entra en casa.

Al niño pareció gustarle la invitación y subió la escalera.

Arriba estaban José Luis y Lydia, que le dijeron:

- ¡Hola! ¿Dónde vives?

El niño parecía no comprender bien, y Lydia le dijo:

- Entra. ¡Vamos a jugar!

José Luis le puso la mano sobre el hombro para ayudarlo a entrar y comprobó que su ropa estaba seca; esto le extrañó. Se fijaron más en él y vieron que era un niño raro; su piel era muy blanca, sus ojos de una negrura y profundidad intensas, y parecían estar quietos. También les llamó la atención su pelo, muy lacio y de un color entre verdoso y rojizo.

Cuando entró, José Luis dijo:

- ¿Quieres que juguemos al

parchís?

El niño se quedó callado. Lydia dijo:

- ¿No nos entiendes?

- Sí.

- ¿Cuál es tu nombre?

- ¿Qué es un nombre?

- ¿No tienes ninguno?

- No.

Entonces intervino José Luis:

- Te lo pondremos nosotros; te llamaremos Pedro, ¿te gusta?

Lydia dijo:

- Claro que le gustará; ¿a qué quieres jugar?

- Jugaremos con esto.

Y sacó de entre sus ropas un extraño objeto, compuesto de picos y laberintos, de color rojo muy brillante.



Los dos hermanos quedaron extrañados y preguntaron:

- ¿Qué es eso?

- ¿Nunca han visto un juguete?

José Luis respondió:

- ¡Claro que sí!, pero no de esa forma. Dinos cómo se juega con eso.

Pedro los invitó a jugar; él hacía una serie de movimientos en los que parecía jugar con otra persona; pero ni José Luis ni Lydia veían a nadie y encontraban aquel juego aburrido.

Por fin dijo José Luis:

- Vamos a jugar con nuestros juguetes.

Y empezaron a mostrarle a Pedro los juegos que ellos conocían.

Después de un largo rato dijo Pedro:

- Tengo que irme

Lydia preguntó:

- ¿Adónde?

- No sé.

- Entonces, ¿cómo es que te tienes que ir?

- Me llama mi madre.

- ¿Tú madre?

- Sí.

- Pero, yo no oigo a nadie.

- Sin embargo tengo que irme.

- ¿Volverás?

- La próxima vez nos veremos donde yo vivo.

- No sabemos dónde es tu casa.

- Yo te lo diré. ¡Adiós!

Y salió de la casa muy deprisa. Ambos hermanos se quedaron cambiando impresiones sobre la visita que habían tenido, sobre su nuevo amigo y sobre lo extraño de su comportamiento.

Después llegó su mamá y José Luis comenzó a contarle cosas sobre Pedro:

- ¡Mamá! Esta tarde hemos estado jugando con un niño.

- ¿Sí? ¿Quién es?

- No es ninguno de nuestros amigos, le conocimos hoy.

- ¿Ah sí? ¿Cómo se llama?

- Pedro.

Entonces intervino Lydia:

- No tenía nombre, se lo pusimos nosotros.

- ¿Que no tenía nombre?

- No; y además tenía el pelo de un color muy raro.

Habló José Luis:

- Sí, y jugaba con alguien que nosotros no veíamos.

- Pero... ¿qué están diciendo? ¿No se lo habrán inventado?

- No mamá, de verdad.

- Bueno, está bien, vamos a aprender.

La madre, aunque no habló más de Pedro, no creyó lo que sus hijos le contaron; pensó, lo mismo que todos los mayores a quienes más tarde se lo contaron, que todo era fantasía.

Pero ellos también narraron esta historia a los niños, y éstos sí les creyeron; ellos, mediante adornos y exageraciones, habían hecho de Pedro una especie de héroe infantil.

En una mañana de sol, una semana después de la visita de Pedro, José Luis, Lydia y todos los demás niños que conocían a Pedro mediante las explicaciones de los que le habían visto, jugaban y corrían en el parque. Lydia fue la primera en venir con paso calmado a Pedro. Corrió hacia él y dijo:

- ¡Hola!

- Hola, ¿vendrás conmigo?
- ¿Adónde?
- Adonde yo vivo.
- Claro que sí. ¿Pueden ir también mis amigos?
- ¿Quiénes son tus amigos?
- Ellos.

La niña señaló a los demás al mismo tiempo que los llamaba. Todos corrieron entonces al encuentro de Pedro, al que rodearon y empezaron a acosar con preguntas.

José Luis dijo:

- No podrá contestarles a todos, tengan calma.

Su hermana intervino:

- Vamos a ir a su casa.

Uno de los niños preguntó:

- ¿Todos?

Pedro contestó:

- Sí, si quieren ir.

Todos respondieron a coro:

- Sí, queremos ir.
- Pues, cójanse las manos.

Todos formaron un corro y les pareció que se dormían, y que eran transportados hacia muy lejos.

Esto sólo duró unos minutos, durante los cuales no tuvieron plena conciencia de lo que pasaba.

Después, se vieron junto a Pedro, en un lugar muy extraño, donde las plantas, de color azulado, eran de unas formas tan cuadradas que parecían cortadas con regla. Las montañas eran negras, y había un riachuelo de un color tirando a violeta y colmado de una espuma blanca como la nieve.

Lydia exclamó:

- ¿Dónde estamos?

Contestó Pedro:

- Aquí vivo.

- Pero... ¡parece un sueño!
- ¡Creo que estoy en un cuento!



- Así es Venus.
- José Luis exclamó asombrado:
- ¡Estamos en Venus!
 - Sí, aquí nació yo.
- Los niños no podían creerlo, pero todo lo que veían lo afirmaba ¡Se encontraban en otro planeta!

Una de las niñas, dijo:

- ¿Vives solo?

- No, aquí está mi madre, - y gritó - ¡mamá!

Apareció una mujer muy parecida a Pedro, los mismos ojos negros, el pelo del mismo color, y vestida con un fino traje amarillo.

Pareció extrañada de ver a los niños.

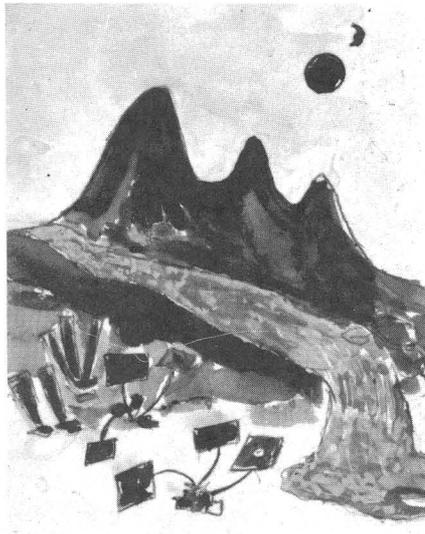
Su hijo le explicó:

- Son mis amigos, viven en la Tierra.

- ¿En la Tierra?

- Sí, allí les conocí, podrán venir a visitarnos ¿no?

- Desde luego.



Entonces Lydia se dirigió a la mujer:

- ¿Siempre viven aquí?

- Sí.

- ¿Y si hay mal tiempo?

- No lo habrá si no lo deseamos.

- ¿De verdad?

- Claro.

- Me gustaría ver el planeta.

- Pedro puede enseñároslo.

Lydia se dirigió a Pedro:

- ¿Por qué no vamos?

- Iremos, ¡mamá! ¿podemos ir por el aire?

- Bueno, suban, pero ten cuidado.

Pedro corrió seguido de los niños hacia un extraño aparato, y dijo:

- Vamos a subir.

Subieron todos y aquello se elevó muy alto.

Desde arriba Pedro mostró a los



niños el planeta y todos estaban admirados.

"Venus es un planeta fantástico", se decían.

Más tarde volvieron con la madre de Pedro y estuvieron comentando lo que habían visto en el viaje.

Después dijo José Luis:

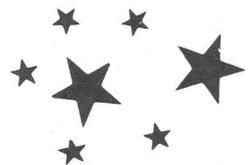
- Debemos volver a la Tierra.

- Sí, vete con ellos - dijo a Pedro su madre.

Pedro les tomó de la mano y nuevamente se sintieron transportados, y se vieron en el parque, pero Pedro no estaba ya con ellos.

Lydia y José Luis corrieron a su casa, y, al igual que los demás niños, contaron esta historia a sus padres, pero éstos, como de costumbre, no les creyeron y pensaron que todo eran imaginaciones suyas.

Pero ellos siguieron viendo a Pedro, aunque nunca más lo dijeron a sus padres.



DE NOCHE

Cruza siempre, si es posible, por los sitios mejor iluminados.

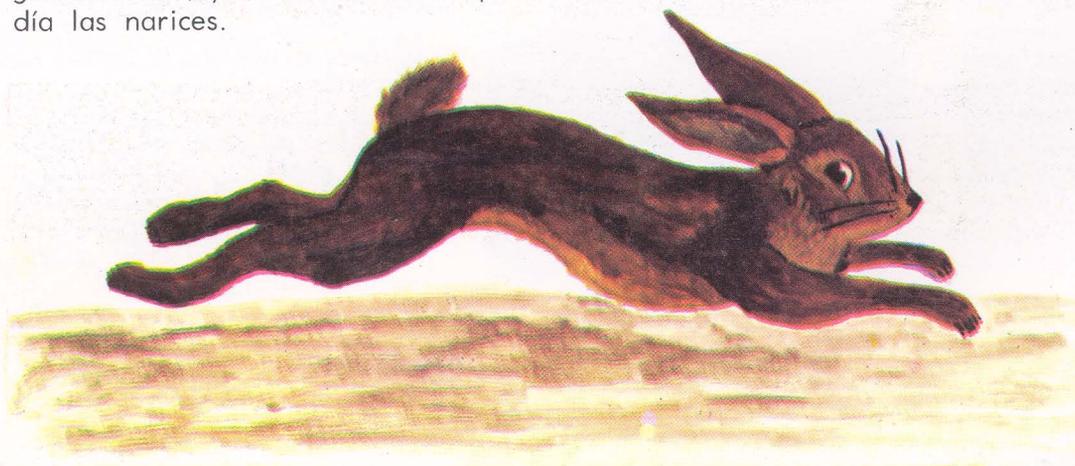
Así os podrán ver desde más lejos.

Muchos de vosotros tendréis amigos que hacen las cosas mal. ¿Cómo andarán estos amigos por las calles? Ahora mismo váis a verlo.

LA AVENTURA DEL TRAFICO

LA LIEBRE IMPACIENTE

Como parece que siempre va a llegar tarde a todos los sitios, se porta igual que una liebre. Una carrerita para cruzar la calle, otra carrerita para entrar en el colegio... ¡Carreritas para todo! Sube las escaleras corriendo, las baja corriendo, juega corriendo, y corriendo se romperá un día las narices.



EL PATO INDECISO

Es el que nunca sabe qué quiere hacer. Anda como los patos, torpemente, vacilando siempre de un lado a otro. Se para, sigue andando, titubea, se para de nuevo y, al fin, se vuelve atrás. Algún día, en una de estas dudas y torpezas, el pato se quedará sin plumas. Y lo malo será que se las lleve algún coche pegadas a las ruedas.

